

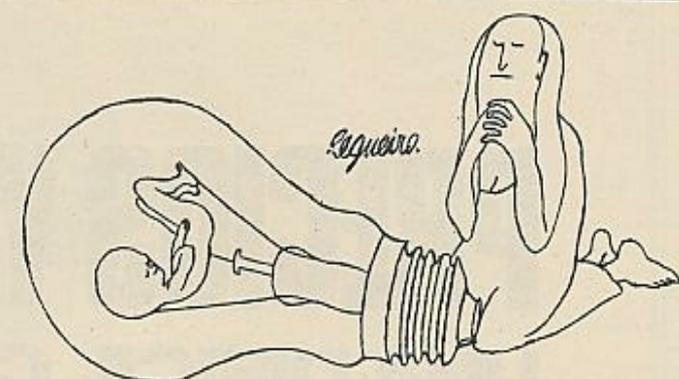
## DE TAUSK A BETTELHEIM

Victor Tausk aportó al psicoanálisis —y a la psiquiatría en general— la noción de «hombre-máquina» o de la «máquina de influencia». No se sabrán nunca con exactitud la cantidad y la calidad de las observaciones y las aportaciones de Tausk en los orígenes del psicoanálisis. Fue un tiempo dramático protagonizado por personajes trágicos. Como las iglesias tienen sus herejías, como el marxismo-leninismo tuvo sus revisionismos y sus desviacionismos, el movimiento psicoanalítico de Viena fue una continua lucha entre el dogma —Freud— y el libre examen —los discípulos—. Ganó siempre Freud: fue un Saturno y devoró, uno tras otro, a sus discípulos. El psicoanálisis era un mundo cerrado, desdeñado por la ciencia oficial, perseguido por la sociedad dominante —una «cosa de judíos», rechazado por la religión, excluido por el comunismo —sobre todo por Stalin—, condenado a muerte, luego, por el nazismo. Freud lo construyó a modo de fortaleza. Uno de sus terrores era el de que estallase desde dentro, de que los discípulos fueran más allá de lo que su cautela permitía. Reunió un grupo de hombres de singular talento, y los destruyó. Y como los herejes y los revisionistas, no pudieron vivir fuera del círculo mágico. Adler y Jung, Otto Rank y Ferenczi, Wilhelm Reich —ahora reivindicado— fueron algunos de sus ángeles caídos. Otros no pudieron resistir la maldición del maestro —o solamente su frialdad, su distancia—, y se suicidaron. Se suicidó Federn, se suicidó Silberer, se suicidó Victor Tausk. Freud le dedicó una necrología distante y reticente, y comentó el suceso en una carta glacial a Lou Andréas-Salomé, que había sido la amante de Tausk (lo había sido de Rilke y de Nietzsche, y estaba muy íntimamente unida a Freud). La extraordinaria pasión y muerte de Victor Tausk se publica ahora en castellano (1) en un libro excelente. Tausk fue periodista; luego, abogado, magistrado; dejó su carrera para entrar en el mundo del psicoanálisis —para lo cual estudió previamente Medicina—, pasaron por su vida algunas mujeres excepcionales, mantuvo una serena lucha política (su hermano menor, Milko Tausk, murió en la guerra de España) y se suicidó a los cuarenta años. Fue rápida-

mente olvidado. Su nuevo encuentro con él se debe a un especialista de Freud: Paul Roazen, que al recoger datos sobre el maestro se dejó llevar por la biografía del discípulo.

Sin embargo, Victor Tausk abrió algunos caminos al psicoanálisis. Su experiencia de médico

militar —durante la guerra— le llevó a considerar que podía practicarse la terapia no sólo con los neuróticos, sino con los psicóticos, los esquizofrénicos: es decir, con los entonces condenados, a los que se atribuían lesiones o formulaciones químicas que les hacían irreversibles. Fue la causa de que Freud le abandonase. (La causa aparente, quizá hubiese algunas más.) En el estudio de la esquizofrenia, Tausk llegó a la noción de la «máquina de influencia». («Sobre el origen de la "máquina de influencia" en la esquizofrenia», 1915.) «Las máquinas producidas por la ingenuidad del hombre —escribía Tausk— y creadas a su imagen y semejanza no son sino proyecciones inconscientes de su estructura corporal». El esquizofrénico puede llegar a sentir, a la inversa, que él es una proyección de la máquina, que es una máquina o que depende de una máquina. (En un cuento de Kafka, «En la colonia peni-



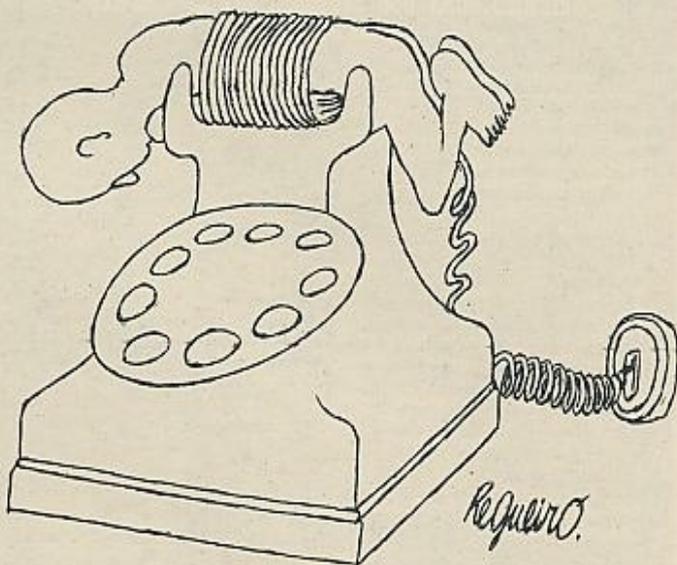
# EL HOMBRE MÁQUINA

tenciaria», un hombre y una máquina llegan a estar en simbiosis.) Tratada con displicencia por Freud, la idea no pareció prosperar. Pero estaba haciendo su camino. Hans Sachs —otro discípulo, más afortunado, de Freud— iba a desarrollarla en su «Lady of the Machine Age». Pero la mayor influencia de Tausk se ejercería sobre Bruno Bettelheim, otro freudiano vienés.

No deja de ser curioso que se publique ahora en España la obra más importante de Bettelheim: «La fortaleza vacía» (2), al mismo tiempo que la biografía de Tausk. (Freud no creía en las casualidades.) Es un auténtico monumento en el estudio empírico de los niños autistas (morbosamente introspectivos, cerrados en

sí mismos). Una gran parte de este trabajo está dedicado a Joey, «the mechanical boy», el niño mecánico —sobre el cual Bettelheim había hecho con anterioridad otros estudios—, y se desarrolla la teoría de la «máquina de influencia» (aunque no aparezca ninguna cita a Tausk). Joey había decidido ser un aparato mecánico en vez de una persona. Bettelheim desarrolla aquí la idea de que la delusión moderna es la de ser movido e influenciado por una máquina. Si en una edad religiosa los delirios adquirían formas religiosas, «las delusiones del hombre en el mundo de las máquinas parecen indicar también nuestras esperanzas y temores de lo que las máquinas pueden hacer por nosotros o contra nosotros». Señalemos, no obstante, que el amplio estudio de Bettelheim sobre los niños autistas va mucho más allá que la noción del «hombre-máquina».

No olvidemos que la teología de la máquina, desarrollada ahora en todas las novelas de ciencia-ficción, nace precisamente en el mundo centroeuropeo donde vivió y trabajó Tausk. La palabra «robot» fue inventada por Karel Capek (checo, como Kafka; el término es un derivado de la raíz eslava «rabot», trabajo) y «Frankenstein» —el origen de todo el hombre nacido de máquinas y electricidad—, aun escrito por una inglesa, se desarrolla en Centroeuro y con arreglo al esquema del hombre y la máquina que se tenía ya en ese momento. Hoy, la noción de la dependencia de la máquina y de la transformación paulatina del hombre en máquina, en mecanismo no pensante (y, a la vez, de la máquina en objeto pensante, como en la cibernética de Wiener o las fantasías de Bradbury y los otros) supera ya el mundo cerrado de la esquizofrenia y es un concepto general en nuestra civilización. ■ PABLO BERBEN.



(1) Paul Roazen, «Hermano animal», Alianza Editorial, Madrid, 1973. En una época de traducciones confusas y detestables, la de Joaquín Rábago es un modelo de claridad, de precisión y de naturalidad.